

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(De la Real Academia Española)

# HERNÁN EL LOBO

(CANTO PRIMERO)

Luz y tinieblas. — La novicia. — Á Lesbia.  
Á mi madre. — El Cristo de mi hogar.

TERCERA EDICION

MADRID

Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra".

Paseo de San Vicente, 20.

1911

G-F 7217



DGCL  
A

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(De la Real Academia Española)

# HERNÁN EL LOBO

(CANTO PRIMERO)

=====  
Luz y tinieblas.— La novicia.— Á Lesbia.

Á mi madre.—El Cristo de mi hogar.

~~~~~  
**TERCERA EDICIÓN**  
~~~~~

MADRID

Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneira".

Paseo de San Vicente, 20.

1911



c. 1167924  
t. 134265

Nadie podrá reimprimir ni dar lectura pública de esta obra  
sin permiso de su propietario.



R. 100607

## AL LECTOR

*Deseoso de coleccionar todos los trabajos que constituyen la obra de mi glorioso ascendiente D. Gaspar Núñez de Arce, sin excluir fragmentos de poemas y composiciones cortas, que bien merecen incorporarse al tesoro de la poesía castellana, publico el presente folleto.*

*G. Núñez de Arce y F. de la Reguera.*

*15 Diciembre 1910.*



HERNÁN EL LOBO

HERNÁNDEZ

PRIMERA EDICIÓN

# HERNÁN EL LOBO

En la ciudad de México, D. F., en el año de 1954.

Impreso en la imprenta de la editorial.

Se terminó de imprimir el día 15 de mayo de 1954.

El tiraje es de mil ejemplares.

Los derechos de esta obra están reservados.

Se permite la reproducción en forma de

microfilm y microfiche.

Se permite la reproducción en forma de

microfilm y microfiche.

Se permite la reproducción en forma de

microfilm y microfiche.

Se permite la reproducción en forma de

microfilm y microfiche.





# HERNÁN EL LOBO

## FRAGMENTO

---

### CANTO PRIMERO

#### I

En solitaria y eminente roca  
de los montes cantábricos, altiva  
rasga el espacio y en las nubes toca  
vieja torre feudal. La peña viva  
de donde arranca el resistente muro,  
con tan difícil corte el paso cierra,  
que no existe castillo más seguro  
coronando los riscos de la sierra.

#### II

El peñón que le sufre, en dos partido  
por un extremo está, cual si de un tajo,

en formidable lid, le hubiera hendido,  
el hacha de un titán, de arriba abajo.  
Silvestre helecho y trepadora hiedra  
los bordes cubren de la herida piedra,  
por cuya enorme cavidad sombría  
surge espantable y prolongado grito,  
como si aquella mole de granito  
se doliese del golpe todavía.

### III

Es la voz del torrente fragoroso  
que se despeña de escarpada altura,  
y al pasar por la estrecha cortadura  
del castillo feudal, muralla y foso,  
se arremolina, se retuerce, choca  
y salta, enfurecido y espumoso  
como el mar, por las quiebras de la roca.  
Cuando acrecienta su caudal la nieve,  
que, derretida, de las cumbres baja,  
y los cimientos sólidos conmueve  
del cerro, y piedras y árboles descuaaja,

ante aquel espectáculo sublime  
retumba el eco, la montaña gime,  
con medrosa inquietud la res salvaje  
escapa sin cesar de risco en risco,  
se oculta la avecilla entre el ramaje,  
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco  
la oveja se acobarda, y solamente  
el águila caudal, cuya pupila  
sonda la inmensidad, vuela tranquila  
sobre las turbias aguas del torrente.

## IV

El castillo, elevándose imponente,  
como un fantasma, en su picacho escueto,  
y sobre el negro tajo por do corre  
revuelto río, el levadizo puente,  
con cadenas fortísimas sujeto,  
como un esclavo, á la almenada torre,  
todo infunde en los ánimos respeto.  
Resalta el ancho y ostentoso escudo  
sobre la puerta gótica, en la parda



piedra por toscas manos esculpido,  
y de pie en el umbral, siniestro y mudo,  
vigila el puente y sus contornos guarda  
un soldado con aires de bandido.  
Aumentan el misterio y la pavora  
de aquel lugar inexpugnable y rudo  
la monótona voz del centinela,  
que las traiciones de la noche oscura  
siempre temiendo, sin descanso vela,  
y en bandadas los cuervos agoreros,  
que, al volver de los próximos pinares,  
buscan las hendiduras y agujeros  
de aquellos murallones seculares.

## V

Era una tarde de Noviembre, helada  
como la mano de la muerte; espesa  
niebla cumbres y valles envolvía,  
y estaba el monte sumergido en esa  
confusa claridad, tenue y velada  
como el vago crepúsculo del día.

Tan débil era y apagado el brillo  
de la pálida luz, que compartía  
su imperio con la sombra; á sus reflejos  
amortiguados, en el fondo obscuro  
de la sala espaciosa del castillo,  
se destacaban sin color los viejos  
y anchos sitiales del tallado roble  
que adornaban la estancia, y en el muro  
relucían los bélicos arneses,  
el férreo casco, el colosal mandoble,  
bruñido escudo y rígida coraza,  
junto á la armada testa de las reses  
que el personal valor cobró en el noble  
y arriesgado ejercicio de la caza.  
De propincuo lugar, como el ornato  
principal del salón, cuelga un tablero,  
donde inhábil pincel trazó el retrato  
del magnífico y alto caballero,  
glorioso tronco de la ilustre casa,  
y enfrente de él, en su sillón de cuero,  
con los pies arrimados á la brasa  
que dejó en el hogar ardido tuero,  
manchado por la crápula y el robo,

el señor del castillo, *Hernán, el Lobo*,  
como le llama el general espanto,  
ahogando estaba su conciencia en vino.  
Y no muy lejos su afligida esposa  
hilaba sin hablar, deshecha en llanto,  
el rubio copo de escardado lino.

## VI

Mil amargos recuerdos en profuso  
tropel cansaban su memoria, en tanto  
que entre sus dedos resbalaba el huso.  
¡Con qué dolor, pero también con cuánto  
enamorado afán, clavaba ansiosa  
sus húmedas pupilas de hito en hito  
en la faz descompuesta y borrascosa  
de aquel malsín que embruteció el delito!  
Y él, insensible á todo, el cuerpo laso,  
balbuciendo palabras desarcordes,  
y una vez y otras cien vaciando el vaso  
lleno de añejo vino hasta los bordes,  
con el rostro encendido, la mirada

atónita y vidriosa, el sentimiento  
anonadado y la razón turbada,  
mezclando sin cesar un juramento  
á su insensata y bronca carcajada,  
ni aun reparaba en la infeliz aquella  
que á su maldad encadenó el destino  
para amarle y llorar, sola en el mundo;  
víctima desdichada que atropella  
indiferente y fiero en su camino,  
como la flor de las alturas huella  
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo  
y bárbaro desdén Hernán la abruma!  
Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja,  
sufre en silencio, y, cual la flor, perfuma  
el pie que torpemente la deshoja.

## VII

¡Oh! ¡Si supiera odiar!... Pero no sabe.  
No sabe, no, su espíritu sereno  
lo que es rencor, ni en su apacible seno  
la ruin pasión de la venganza cabe.

En medio del horror que la rodea,  
tan sólo el bien su corazón desea,  
y cual la nieve que en la excelsa cima  
conserva inmaculada la blancura,  
cuanto más su conciencia se sublima,  
más se destaca inalterable y pura.  
¡Cuán suave y delicada es su hermosura!  
Como el murmullo de los bosques, grata  
suena su dulce voz: la misma queja  
en sus labios de rosa es un halago.  
Toda el alma en sus ojos se retrata,  
que su pupila transparente deja  
escudriñar el fondo, y como un lago  
la luz del cielo en su cristal refleja.  
Haz de rayos de sol es su cabello,  
que al deshacerse en ondas, ilumina  
los nobles hombros y el desnudo cuello.  
Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza  
la mente á descubrir, tan peregrina  
beldad pone su gloria y su esperanza  
en una bestia indómita y dañina?  
Busca el contraste el corazón humano  
con insaciable sed; la tierna Aurora



cede á esta inclinación que la domina.  
En su noche de insomnio intenta en vano  
torcer su voluntad, y gime y llora:  
bien conoce que es pérfido y tirano  
y codicioso Hernán; pero le adora.  
Le adora, y sigue con amargo duelo,  
cual hoja seca que arrebató el río,  
por do la lleva su pasión bastarda.  
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo  
tiene el sér de la tierra más impío  
un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

## VIII

Hora de los recuerdos, que en las frías  
noches en que el pesar nos enajena,  
con las gratas memorias de otros días  
no endulzas, sino agrava nuestra pena;  
tú, cuya voz como invisible espada  
nos llega al corazón, ¿qué le decías?  
¿No despertaste en su abatida mente

las muertas dichas de la edad pasada  
como una angustia más de la presente?  
¡Ay, sí! Que alguna vez la infortunada  
evocó, sollozando, en la infinita  
desolación del alma que la aqueja,  
los breves goces de la ansiada cita,  
en que gentil, apasionado y tierno  
Hernán, al pie de la importuna reja,  
rendido le juraba amor eterno.

¿Cómo negar el merecido pago  
á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo,  
volver el rostro al insinuante halago,  
y cómo resistir á su embeleso,  
si eran en él cada mirada un vivo  
rayo de luz y cada frase un beso?

Todas las tardes, cuando en la alta sierra  
desmayaba del sol la roja lumbre,  
solo y á escape en su corcel de guerra,  
al través de la lóbrega espesura  
Hernán ganaba la ríscosa cumbre.  
Sin que estorbaran su certero tino,  
ni el sitio agreste, ni la sombra oscura,  
seguro de sí propio y del caballo,

volaba, como raudo torbellino,  
salvando abismos y cruzando breñas,  
entre las chispas que arrancaba el callo  
del ágil bruto á las cortantes peñas,  
para lanzarse, al fin de su camino,  
con el impulso desatado y ciego  
con que desborda la corriente brava,  
allí donde ella, en contenido fuego,  
tímida y palpitante le esperaba.  
¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos!  
¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas  
tan venturosas ¡ay! como fugaces!  
¡Con qué fe renovaban, insensatos,  
á la indecisa luz de las estrellas,  
sus tiernas riñas y sus dulces paces!  
¡Cuántas veces la luz de la mañana,  
ni aguardada por ellos ni sentida,  
inundando de pronto la ventana,  
puso fin á su larga despedida!  
¿Cómo no comparar la pobre Aurora,  
en la noche terrible de su vida  
y en el tedio mortal que la devora,  
el bien soñado á su desdicha cierta?

Y ¿cómo no llorar, si su esperanza,  
como paloma á quien el hierro alcanza,  
desde el cielo al abismo cayó muerta?

## IX

Aquel Hernán que despertó en su seno  
amor tan infeliz y tan profundo,  
estaba allí, como el reptil inmundo  
que se revuelca en pestilente cieno,  
abrumado de crímenes, beodo,  
sin luz en la razón, sin fe en el alma,  
y tranquilo quizás... ¡No; que entre el lodo  
jamás conserva el corazón su calma!  
¿Quién tiene de los réprobos la clave?  
¿Engendran las blasfemias en su boca  
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!  
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece  
el musgo humilde en la desnuda roca;  
entre hielos el liquen aparece;  
arraiga el pino en la rasgada grieta

que abre la lluvia en el peñón tajado;  
sobre las tumbas el ciprés vegeta,  
y el miedo en la conciencia del malvado.

## X

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza  
inspira aquel salón! Encenagado  
el licencioso Hernán en su torpeza,  
y ella entregada á vanos desvaríos,  
juntos están en soledad medrosa,  
como dos muertos que en la misma fosa  
yacen mudos, inmóviles y fríos.

## XI

De pronto, con estrépito la puerta  
abrióse, y un pastor recio y membrudo,  
de torvo rostro y de expresión incierta,  
penetró en el salón. Rústico sayo  
de pieles sin curtir, con toscos nudos

ceñido á la cintura, era su traje.  
Paróse en el umbral, miró al soslayo  
con la inquietud curiosa del salvaje,  
y luego, destocando su cabeza,  
enmarañada como bosque espeso,  
avanzó hacia Fernán. La triste Aurora  
disimular no pudo, bajo el peso  
de su terror, la femenil flaqueza,  
y aturdida quedó, cual queda el ave  
al sentir la mirada abrumadora  
del rapaz gavián, en ella fija.  
Hernán, con gesto reposado y grave,  
quiso ponerse en pie; pero en mal hora.  
Volcó su torpe esfuerzo la vasija  
de blanco estaño, que el licor ardiente  
encerraba, y con cómica sorpresa  
esparcirse le vió como un torrente  
de rutilante sangre por la mesa.  
—¡Cuerpo de Dios!—refunfuñó impaciente;—  
el diablo en mi camino se atraviesa,—  
Y descargando su fornido puño  
sobre el tablón nudoso:—¡Habla, por Cristo!—  
balbuciendo exclamó.—¿Qué pasa, Nuño?

## XII

—¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada  
del puerto de las Víboras he visto  
buen golpe descender de gente armada—  
dijo el zafio, clavando la mirada  
oblicua en su señor.— Son mercaderes:  
muy precavidos van; pero no creo  
que den pruebas de aliento en un apuro.  
Marchan revueltos hombres y mujeres,  
y juzgo, si no miente mi deseo,  
la lucha fácil y el botín seguro.  
Diez mulas llevan de poder y brío,  
rendidas bajo el peso de los fardos  
que en vuestras cuevas hacinar ansío,  
y exploran el terreno dos gallardos,  
ágiles y robustos montañeses.  
— Quisiera— exclamó Hernán— que me dijese  
cuántos los hombres son.— Gente no falta—  
respondióle el pastor.— Mas cuando asalta  
el lobo algún redil, ¿cuenta las reses?

—Nuño, tienes razón: fuera cobarde  
 reparar en el número—repuso  
 el fiero Hernán con desdeñoso alarde.  
 La vil codicia disipó el confuso  
 vapor que sus potencias envolvía,  
 como súbito viento de la tarde,  
 barre las brumas, aclarando el día,  
 y alzóse con indómita energía,  
 parecido al león que se espereza  
 sacudiendo su crin desordenada,  
 cuando siente, al través de la maleza,  
 el resoplido de la presa ansiada.

### XIII

Arrasados en lágrimas los ojos,  
 trémula, incierta y sin color Aurora,  
 á los pies de Fernán cayó de hinojos,  
 y con la voz de la mujer que implora  
 y acaricia á la par, voz que semeja,  
 vibrando de ansiedad y de cariño,  
 del bien amado la sentida queja.



y la inccente súplica del niño:  
—¿Qué vas á hacer?—le preguntó.—¡Insensato!  
Y él, mirándola airado y cejjunto,  
prorrumpió con estúpido arrebató:  
—Hilad, señora, en paz, que no es asunto  
propio de flacas hembras el que trato.—  
Exhaló la infeliz sordo gemido,  
y de sus manos se escapó la rueca  
comõ asustado pájaro del nido.  
Volvió otra vez á interponer su ruego;  
pero con frase dominante y seca,  
tan seca como el áspero chasquido  
del azote que al siervo despedaza:  
—¡Basta!—gritóle Hernán, de rabia ciego,—  
ó juro á Dios que os pongo una mordaza.

## XIV

Bajó el torpe rigór de la amenaza,  
ella, temblando, obedeció. Profundo  
y lúgubre silencio, tan sombrío  
como el que cerca al triste moribundo,

en la estancia feudal reinó un instante;  
que allí también, desamparado y frío,  
expiraba de angustia un pecho amante.  
—Casi es seguro—con feroz sosiego  
el rústico siguió—que, aprovechando  
la ocasión, despojemos á mansalva...—  
Hernán miróle con fijeza, y luego  
le preguntó, sin responderle:—¿Cuándo  
pasar los viste?—¡Al despuntar el alba!—  
Nuño le contestó. Como la fiera  
ola del mar, que con murmullo blando  
suavemente acaricia la ribera,  
hasta que osada ráfaga de viento  
su furia excita y su quietud altera,  
Hernán alborotóse de improviso,  
y yendo hacia el pastor, que sin aliento  
le contemplaba atónito y sumiso,  
colérico exclamó:—¿Cómo, menguado,  
acudes en tal hora á darme aviso?  
Si dices la verdad, ¿dónde has estado?  
—Tened piedad de la flaqueza mía—  
dijo Nuño, turbado como un reo  
delante de su juez, y las palabras

temblaban en los labios del espía.

—He llegado hasta aquí, dando un rodeo,  
por donde acaso las monteses cabras  
no estamparon su huella todavía,  
y la razón de mi tardanza es esa.

—Y ¿por qué no venir por el atajo?—  
preguntó Hernán.—De mi valor respondo —  
el pastor replicó bajo, muy bajo.

—Mas ¿quién se determina á tal empresa?

¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo  
vos!... ¡Imposible!—Y se erizó la espesa  
selva de sus cabellos.—¿Quién se arrima?

Cuantos se adelantaron atrevidos,  
dicen que salen de la horrenda sima  
maldiciones, sollozos y alaridos.—

Nuño calló: sus espantados ojos  
giraban en sus órbitas oscuras,  
como acosados tigres entre abrojos  
cuando audaz cazador los acomete  
en su propio cubil.—¡Mucho aventuras!—

gritó Hernán.—De mi presencia vete,  
y pide á Satanás que los alcance.

Que si por ti se nos malogra el lance,

si tu incuria mis brazos encadena  
 y vuelvo sin botín de la jornada,  
 óyelo bien, te cuelgo, á mi llegada,  
 para pasto de buitres, de una almena.

## XV

Despavorido el rústico y absorto  
 ante el horrible gesto y lá mirada  
 de aquel malvado, del infierno aborto,  
 fuése alejando, hasta ganar la puerta,  
 con vacilante paso y faz miedosa;  
 y al encontrarla en su camino abierta,  
 rápido se escurrió, como el impuro  
 y cobarde reptil por la musgosa  
 y húmeda grieta de vetusto muro.

## XVI

—Yo amansaré tu condición villana—  
 Hernán refunfuñó.—¡Mal fin te auguro!—

Y abriendo de repente una ventana,  
—¡Hola!—gritó con estentóreo acento  
á la chusma del patio.—Que la trompa  
con su bélico són los aires rompa,  
que mi rojo estandarte ondule al viento.

No quede mesnadero ni vasallo  
que á mi formal mandato se resista,

ó ¡vive Dios! que sentirá mi fallo.

Ya la caza en el término se avista.

¡Son miserables corzos! ¡Á caballo!

¡Todos en marcha! ¡Todos tras lá pista!

Dijo, y oyóse el sordo clamareo

y el alegre bullicio de las gentes

que se aprestaban al infame ojeo,

y á poco retumbaron estridentes

por valles y montañas los sonidos

de la trompa marcial. Ya en sú escarceo,

los potros, al combate apercebidos,

rélinchaban fogosos, golpeando

con sus herrados cascos la ancha losa,

y Hernán, que estaba á la ventana, cuando

vió soltar del rastrillo la cadena,

se dispuso á partir.



## XVII

Pero su esposa,  
sobrecogida de zozobra y pena,  
abrazóse frenética á su cuello,  
como si el miedo la aumentara el brío,  
y casi extinto el último destello  
de su débil razón: —¿Dónde, bien mío,  
dónde vas?— prorrumpió. — ¿Por qué me dejas  
sumida en esta angustia que me acaba?—  
Y reía la mísera y lloraba,  
y á la vez palpitaban en su boca  
ayes, suspiros, ósculos y quejas.  
—¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido  
por ti, por mí!—clamaba como loca,  
y era triste su voz, como el gemido  
de un arpa que se rompe. —¡Ay, vida mía!  
no te condenes á suplicio eterno,  
que donde tú no estás, está mi infierno,  
y á la gloria sin ti renunciaría.—  
Escuchábala Hernán como un idiota,

extraño á todo sentimiento, mudo  
pero sombrío, y reprimiendo el llanto,  
ella con frase apresurada y rota  
por su amor, por su duelo y por su espanto:  
—¡Necia de mí!—añadía. —¿Por qué dudo  
de tu cariño?—Y con febril empeño  
más y más estrechaba el dulce nudo  
con que oprimía á su insensible dueño.

## XVIII

Hernán, repuesto ya de la sorpresa,  
y obedeciendo á sus instintos viles,  
desabrido exclamó: —¡Callad, señora!  
Que no han de hacerme abandonar la empresa  
súplicas ni lamentos mujeriles.—  
Como animoso náufrago que implora  
inútilmente auxilio, y sólo escucha  
la voz de la borrasca bramadora,  
aunque distante de la amiga playa,  
lucha sin esperanza, pero lucha,  
y mientras tiene vida no desmaya,

tal la inocente y desolada Aurora  
pretendió resistir de aquella fiera,  
nunca saciada, el sanguinario intento.  
—¡Ay!—con amargo y penetrante acento,  
gimió, abrazada á su verdugo. —¡Espera!  
¿No ves, si alguna compasión te inspira  
mi amor, que me asesinan tus desvíos?—  
Y el monstruo, rechazándola con ira,  
—¡Cansada estáis!—la contestó. —¡Moríos!

## XIX

Soltóse con tal ímpetu y coraje,  
que Aurora vino á tierra trastornada,  
y más que el golpe la dolió el ultraje;  
aunque bien advirtió la desgraciada  
que por su rostro pálido corría  
la sangre con las lágrimas mezclada.  
De pronto el sol, atravesando el velo  
de la niebla sutil que le cubría,  
vertió, desde el ocaso, sobre el suelo  
su luz, más bella cuanto más tardía.



Un rayo melancólico y furtivo,  
pasando por los vidrios de colores,  
bañó la faz de Aurora, do su vivo  
y trágico terror estaba impreso,  
como si conociendo sus dolores,  
aquel rayo bajara compasivo  
por mandato de Dios á darle un beso.  
Inmóvil y tendida sobre el duro  
pavimento de piedra, cual yacente  
estatua de un sepulcro, confundida,  
cada vez más siniestro y más obscuro  
entrevió el porvenir, y no en la frente,  
dentro del corazón sintió la herida.  
Abatidos sus músculos y flojos,  
postrada la conciencia, entumecida  
la voluntad, y en su mortal quebranto,  
la clara luz de sus hermosos ojos  
nublada por la sangre y por el llanto,  
trató de incorporarse, mas no pudo,  
y el amor, y la pena, y el despecho  
con invisible y apretado nudo  
ahogaron los sollozos en su pecho.  
Desesperada, loca, en su infinito

y rebelde pesar, una y tres veces  
el seno hirióse y con vibrante grito,  
—¡Ay!— dijo, ciega de furor. —¡Maldito  
corazón, que ni olvidas ni aborreces!—  
Iba á seguir; pero el rumor confuso  
que levantó en el patio la mesnada,  
súbito fin á sus lamentos puso.  
Heló sus venas de la muerte el frío,  
y fijando en el cielo su mirada,  
—¡Ten—murmuró, quedando aletargada—  
compasión de ellos y de mí, Dios mío!

## XX

Cuando la bulliciosa comitiva  
atravesaba el puente en són de guerra,  
ya con su luz dudosa y fugitiva  
doraba el sol los picos de la sierra,  
y lentamente por la mustia alfombra  
de los oteros y cañadas, iba  
subiendo y espesándose la sombra.  
Era ese instante de suprema calma

en que se extingue de la tarde el ruido  
y en sus tristezas se recoge el alma.  
Cuando el grave y patético tañido  
de la campana los espacios llena,  
y con lengua metálica y sonora  
dice al mortal:—Suspende tu faena:  
Dios te ofrece el descanso hasta la aurora.—  
Cuando forma y color se desvanecen,  
baja el silencio, las tinieblas crecen,  
y el campesino, á quien el cielo avisa  
que interrumpa su rústico trabajo,  
á la luz del crepúsculo, indecisa,  
guía y conduce por estrecho atajo  
su mansa yunta á la cercana aldea,  
do amante madre ó diligente esposa  
solícita prepara y cariñosa  
sano alimento en el hogar que humea.  
Cuando en pos del reposo apetecido  
busca el redil en el seguro prado  
la dócil res, el labrador cansado  
su pobre casa, el pájaro su nido  
y las pérfidas sombras el malvado.



## LUZ Y TINIEBLAS

---

La fiera, la titánica batalla  
dura y persiste aún:  
es el combate entre la ciega sombra  
y la fecunda luz.

---

Nunca termina el duelo pavoroso:  
en la tierra, en el mar,  
en el espacio, en la conciencia humana  
siempre lidiando están.

---

Que en los abismos lóbregos del tiempo,  
con muda confusión,  
ruedan mezclados la verdad y el día,  
la noche y el error.

---

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?  
¿La excelsa claridad?...  
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha  
por siempre durará.



## LA NOVICIA

---

Entre los cantos del solemne rito,  
la doncella, apartándose del ara,  
se encamina á la puerta que separa  
nuestra vida mortal de lo infinito.

Á pocos pasos del umbral bendito  
la comitiva se recoge y pára,  
y un mancebo, cubriéndose la cara  
con la crispada mano, exhala un grito.

Aquella voz, sonando como un trueno  
en la novicia mísera, despierta  
todas las ansias del amor terreno;

quiere rezar, pero á rezar no acierta,  
y cruzando los brazos sobre el seno,  
cayó junto al umbral rígida y yerta.

---





## A LESBIA

---

### I

Dan muchos en decir que tu inconstante  
amor repartes aturdida y loca;  
que no es tu fe de endurecida roca  
ni tu virtud firmísimo diamante.

Dicen que quien te estrecha delirante,  
cediendo á la pasión que le sofoca,  
siente y percibe en tu entreabierta boca  
el calor de los besos de otro amante.

Dicen que en el desorden de la vida  
gozas con la traición; y soy tan necio,  
que al escucharlo te maldigo y lloro.

Anda tu fama en la opinión perdida;  
pero hay alguien más digno de desprecio  
que tú: yo, que sabiéndolo, te adoro.

## II

Es en vano intentarlo. Cuando el río  
en su profundo cauce retroceda,  
quizás se apiade el Cielo y me conceda  
todo el valor que para odiarte ansío.

Pugno por olvidarte, y mi albedrío  
más en los lazos de tu amor se enreda;  
seguir tus pasos el amor me veda  
y me arrastra á tus pies, á pesar mío.

Tu falaz persuasión me infunde miedo:  
quiero escapar de ti, dejar de verte,  
y á tus caricias engañosas cedo.

Y es tal mi desventura y tal mi suerte  
que, conociendo tu maldad, no puedo  
estimarte ¡ay de mí! ni aborrecerte.

## A MI MADRE

(EN VIERNES SANTO)

---

¿Por qué cuando la tierra suspende su alegría  
y llora consternada la muerte del Señor,  
mi corazón recuerda tu nombre, madre mía,  
con religioso amor?

Recuerdo que en mis horas de amargo desaliento  
consuela mis dolores y calma mi inquietud:  
recuerdo que es acaso mi solo sentimiento  
y mi única virtud.

¿Será porque en los años risueños y floridos  
de aquella edad que viene de la inocencia en pos,  
tú me enseñaste ¡oh madre! á pronunciar unidos  
tu nombre y el de Dios?

¡No sé!... Pero los santos misterios de este día  
avivan la memoria de goces que perdí.

¡No sé!... Pero agitado mi corazón ansía  
volar, volar á ti.

Al par de tu cariño la religión me inspira;  
que son en este valle de luto y de dolor  
mi afecto y mi creencia dos cuerdas de una lira,  
dos hojas de una flor.

## AL CRISTO DE MI HOGAR

---

En mi modesto hogar guardo de talla  
una imagen de Dios, tres veces fuerte,  
cuando, puesto en la cruz, sufre y batalla  
con las hondas angustias de la muerte.  
Sin forma escultural, tosco, mal hecho;  
pero la sola herencia que en el mundo  
mi madre, acongojada al pie del lecho,  
recibió de su padre moribundo;  
ese Cristo, sin arte y sin historia,  
fué para el pobre hogar que le dió abrigo  
mina de bendición, fuente de gloria,  
y mudo, sí, pero inmutable amigo.  
El en la adversa y próspera fortuna  
avivó la piedad de mis mayores,  
doró sus dulces sueños en la cuna  
y consagró sus púdicos amores.  
El inflamó su cólera española

en la guerra inmortal del «Dos de Mayo»,  
con esa fe que al agitarse es ola  
que empuja el huracán y alumbra el rayo.  
Él, siempre protector, cerró los ojos  
ó ablandó las entrañas del verdugo  
cuando, tras duras puertas y cerrojos,  
á un rey ingrato atormentarles plugo.  
Él les dió un corazón entero y sano,  
nunca sobresaltado por el grito  
de ese feroz remordimiento humano  
que azota al criminal con su delito;  
y en esa inalterable bienandanza  
con que la paz del ánimo convida,  
salvando su virtud y su esperanza  
de las sordas tormentas de la vida,  
la augusta ancianidad llamó á su puerta  
sin la duda brutal que labra el nido,  
como gusano entre la carne muerta,  
en todo corazón seco y podrido.  
Y Él calmó su angustiado pensamiento  
en las horas sin luz de la agonía,  
y recogió su postrimer aliento  
y su última mirada incierta y fría.

---

Por Él, cuando la hambrienta sepultura  
aquel honrado hogar dejó vacío  
tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura  
á quien llamar, llorando, «Padre mío».

---





# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Hernán el lobo.....	7
Luz y tinieblas.....	35
La novicia.....	37
Á Lesbía.....	39
Á mi madre.....	41
El Cristo de mi hogar.....	43

---

96

C34-



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

	<u>Pesetas.</u>
GRITOS DEL COMBATE, poesías, octava edición..	4
MISCLÁNEA LITERARIA, un tomo, encuadernado.....	3
ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRÓN, trigésimaoctava edición.....	1
UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, trigésimanovena edición.....	1
LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, trigésima edición.	1
LA SELVA OSCURA, vigésimanovena edición...	1
EL VÉRTIGO, cuadragésimacuarta edición.....	1
LA PESCA, trigésimasegunda edición.....	1
MARUJA, vigésimaquinta edición.....	1
POEMAS CORTOS, décimasegunda edición.....	2
SURSUM CORDA!, undécima edición.....	1
HERNÁN EL LOBO.....	1
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS, un tomo de 520 páginas (agotada).	

---

### EN PREPARACIÓN:

LUZBEL, (fragmentos), con un *Post-scriptum* de S. Castillo y Soriano.

